

jos son el deísmo, el panteísmo, el materialismo; y es bien notable que todos pretenden salvarse, queriendo que sea tan veraz Mahoma que permite la lujuria, como Moisés que la condena; Cristo que prescribe la sumisión del entendimiento á la fé, como Lutero que proclama su emancipación; Pablo que afirma que una es la fé, uno el bautismo, como el indiferente herético que proclama que tanto se sirve á Dios en la ley de Confucio como en la del judío. ¡Como si la verdad pudiese tener la misma fuente que el error; como si Dios, que es uno por esencia, pudiese contradecirse mandando observar en una religión lo que la otra secta anatematiza y condena!

Hé aquí el mundo moral con sus fases; el hombre ciertamente es el más incomprensible de los seres creados; Dios lo cria para que lo adore y lo ame, y él no lo adora ni le tiene amor. ¿Tiene Dios la culpa? ¡Ah! Dios no está obligado á impedir los efectos de las causas libres; al contrario, en razón de sus decretos, debe concurrir como causa conservadora á todos los actos de las criaturas, y darles fuerza y vigor para que subsistan. Si el sol, en vez de caminar de Oriente á Poniente, se moviese de Aquilon á Sur, Dios estaría obligado á colocarlo de nuevo dentro del Zodíaco, porque el sol no es un sér libre, y necesariamente ha de girar por el camino que la eterna ley le ordena; si las aguas caminasen río arriba; si los cuerpos graves no descendiesen á su centro; si los animales no permaneciesen en sus instintos y esfera, Dios debía providenciar las leyes del retroceso é intralimitar á estos seres extraviados, porque los rige, no la libertad, sino la necesidad; mas si el hombre no sigue la ruta que Dios le marca, para que llegue al fin para que fué criado, no está Dios obligado á enderezar sus pasos, porque el hombre no da ni un solo paso por coacción, sino por libertad. Se condenan los hombres antediluvianos. ¿Hay culpa en Dios? Adán enseña la ley divina á su hijo

Seth, á Henoch, á Matusalen, pues todos estos hombres se conocen mutuamente; si los demás no quieren creer en el Redentor futuro; si se dejan arrastrar por las falacias de la carne, ¿qué culpa tiene Dios? Él, como causa primera, los ha criado, les ha dado la razón, les ha proporcionado maestros de la tradición que los salva, y ellos desprecian estos elementos de salud; y vemos á Noé predicando ciento veinte años, anunciando el castigo, prometiendo el perdón, y los hombres se rien de sus palabras, comen, beben, plantan viñas, edifican casas, sin temor al Dios vengador. Pero ¿se rien todos? ¿Se condenan todos? No por cierto; el santo patriarca Matusalen muere el mismo año del diluvio, y otros muchos morirán santamente; y así como ellos oyeron la voz caritativa del cielo y se salvaron, así pudieran haberlo hecho todos.

Otro tanto sucede en las naciones idólatras; el pueblo adorador del Sér divino no es un sér imperceptible; Él publica á la faz del mundo sus esperanzas, y su importancia es tan grande en los sucesos del mundo, que no hay pueblo alguno del globo que no lo conozca; vive dos siglos en Egipto; atraviesa por el centro de cien naciones, se instala en la Palestina, se da á conocer al imperio de Nínive, á la Siria, á Antioquía, á Grecia, á Roma, y en sus palabras y acciones enseña al mundo el faro de luz divina que es su guía. ¿Cómo, pues, no se salvaron estos pueblos? ¡Ah! Se convierte Nínive con sus habitantes; se convierten Maleb, Achior y mil y mil gentiles que abrazan el judaísmo: ¿y no podían convertirse todos? El mismo pueblo hebreo, ¿no había oído hablar al mismo Dios por Moisés y Josué? ¿No había visto su gloria repetidas veces? ¿No había dado á Israel, en premio de su fidelidad, naciones, ciudades, posesiones, tesoros, victorias, lauros y gloria, como no tuviera otro pueblo? ¿Cómo, pues, este pueblo adora becerros, cómo alza adora-



torios á los ídolos en frente del templo santo? Los padres entregan sus hijos á Moloc, se hacen idólatras, mueren reprobados, y se condenan. ¿Tiene Dios la culpa? Examinadlo en vosotros mismos.

¡Cuántos siglos há que la Religión os fué anunciada! ¡Cuántos portentos ha obrado Dios para que llegase á vuestro conocimiento! ¡Cuántas pruebas teneis de su divinidad! ¡Qué beneficios os ha acarreado! Las letras, las artes, el saber, la ilustracion, el comercio, los vínculos sociales, la paz, la abundancia, todo os ha venido de esta hija del cielo; esto lo confiesa el católico y el protestante, el incrédulo y el creyente; ¿y observais los documentos de esta Religión, siquiera por conservar á su sombra estos presentes temporales? Vosotros mismos, con vuestra resistencia á Dios, os exponéis á sufrir sus azotes en este mundo y sus iras en el otro. ¿Tiene Dios la culpa? Dios os da riquezas y talentos; con aquéllas se compra el cielo, con éstos se conoce más perfectamente la verdad; os da abundancia y paz para que os goceis santamente en aquélla, y vivais alegremente en ésta. ¿Tiene Dios la culpa de que empleeis las riquezas en fausto y vanidad, en procuraros placeres sensuales, en juegos arruinadores, en teatros, en bailes y en banquetes lujuriosos? ¿Tiene Dios la culpa de que la abundancia os sirva de móvil á todos los excesos, y os sirvais de la paz para maquinaciones inícuas? Padre de familia, madre venturosa que has sido favorecida del cielo con numerosa prole, con caudales cuantiosos, ¿tiene Dios la culpa de que no enseñes á tus hijos el temor de Dios, ni los principios del bien, ni la observancia de sus preceptos? Hombre sábio, Dios te ha dado un entendimiento despejado, un talento profundo, una imaginacion viva. ¿Es culpa suya que tú emplees estas luces en atacar la Religión, en pervertir la juventud, en enseñar el arte de la intriga, y en llenar la tierra de doctrinas pestilentes?

Jóven incauta, Dios te ha dado un exterior elegante, una hermosura especial, gracia, donaire, talento y haberes. ¿Es culpa suya que tú te vistas con inmodestia, que abuses de tu hermosura para cautivar los corazones, de tus talentos para suplantar á tus padres, y de tus dones para labrarte tu ruina? ¡Ah! Juzgadlo vosotros mismos: yo tiemblo y me abismo en la nada cuando contemplo lo mucho que hizo Dios por mí, y lo poco ó nada que hago yo por Él.

¿Dirá alguno que Dios no le da los medios suficientes para salvarse? Voy á traer á vuestra memoria los hombres más criminales que ha habido en la tierra, hombres famosos por sus crímenes y por su obstinacion; Caín, Faraon, Antíoco, Judas y los filósofos del paganismo, ¡oh! ¡cuánto hace Dios por salvar á estos hombres! El primer asesino que hubo en la tierra, al meditar su fratricidio, ¿no habló con Dios cara á cara, no le dijo Dios que si obraba bien sería recompensado, y si mal, sería castigado, y que sus apetitos estaban en su mano, y podía hacerse superior al pecado? Sin embargo de esto, bien sabéis que tuvo valor para manchar el acero vírgen en la sangre de Abel. Cuando el rey de Egipto se vió castigado tercera vez, ¿no confesaron los sábios que allí obraba el dedo de Dios? ¿No confesó el mismo Rey, en la sétima, que «Dios era justo y él habia pecado junto con su pueblo?» Sucesivamente, ¿no vió las maravillas de Dios en la aniquilacion de sus ídolos, en las úlceras, en las langostas, en las tinieblas y en la muerte de todos los primogénitos? ¿Quereis más gracia, más conocimiento, más avisos y más luces por parte de Dios? Pues bien; id á las márgenes del mar Rojo, y las hallareis cubiertas con los cadáveres de Rey, de cortesanos, ariolos, ejército, pueblo todo de Faraon, que han muerto obstinados en su incredulidad. Mirad aquel desgraciado griego que yace tendido en lecho de muerte; sacrílego, él ha robado el templo de



Dios; profano, él ha ofrecido en las aras de Sion sacrificios á Júpiter; bárbaro, él ha degollado hombres inocentes; tirano, él ha consumido con atroces tormentos á los hijos de Judá; en su mismo lecho Dios lo visita con remordimientos; pero de nada le sirven, sino para morir obstinado. ¡Oh amable Jesus! diré: ¿cuánto hiciste por Judas? ¿Referiré las miradas amorosas que le dirigiste en la Cena, aquel cariño con que le hablaste ántes que consumase la traicion, aquella ternura con que te arrojaste á sus piés y se los lavabas y se los regabas con tus lágrimas, aquellas razones capaces de hender un pedernal? Cuando estabas postrado á sus plantas, ¿no le decias: «Judas, apóstol mio, ¿qué mal te he hecho para que me odies? ¿Qué injuria has recibido de mí para que me vendas? Si te he ofendido, perdóname; aquí me tienes á tus piés; no me vendas, que soy tu amigo; no me ultrajes, que soy tu Padre; no me desprecies, que mañana voy á morir por tí;» y con todo esto, Judas se endurece, vende á Jesus, y muere obstinado, conociendo, como dice San Agustin, el pecado cometido, y no queriendo reconocer el precio de la sangre divina con que fuera rescatado. (*In Psalm. LXVIII, Concion. 2.<sup>a</sup>*)

Si la humanidad ha podido gloriarse de sus esfuerzos gigantescos en las ciencias naturales, debe sus primeros elementos á esa gran turba de sábios que pululó Grecia y Roma en sus siglos de oro, y el Egipto en los primitivos. ¡Qué ideas tan profundas no se encuentran en aquellos oradores del Areópago y en los jurisconsultos del Foro! ¡Cómo hablan algunas veces de la Divinidad! ¡Cómo pintan en sus poemas las recompensas del justo en la vida venidera! ¡Con qué viveza delinean el horrible cuadro del Tártaro, encarnizado eternamente en sus víctimas, dando á cada una el castigo correspondiente á su pecado! ¿Y se aprovecharon de estas luces los filósofos que las enseñaban y los pueblos que las oían de sus lábios y las veían

representadas á cada paso en sus solemnidades? Léjos de esto, sus abominaciones eran tan horribles, que, como afirma San Pablo, mudaron el orden natural de las cosas para refinar los deleites sensuales. Si por la contemplacion de los séres visibles podian llegar á conocer al Dios invisible, y no lo adoraban como exige su unidad; si en medio de sus conocimientos sobre la moral se entregaron á todas las pasiones de ignominia; si á fuerza de sutilezas ridículas fueron envolviendo el espíritu humano en un tenebroso manto de errores; si á impulso de este caos todo era adorado como Dios, ménos el mismo Dios, ¿tenía el cielo la culpa, el cielo, que da al hombre una razon, con cuyo completo desarrollo nadie puede tener ignorancia invencible de la existencia de Dios? ¡Ah! amados míos: convengamos en que Dios quiere que todos los hombres se salven, sin exceptuar ninguno.

¿Sabeis por qué no todos consiguen el fin para que fueron criados? Porque no todos quieren someterse á la ley eterna que preside al destino temporal del hombre. Dios dijo á toda la humanidad que, en castigo de su pecado, comeria siempre el pan con el sudor de su frente. Así es que desde el Rey que se sienta en trono de oro, hasta el humilde zagal habitante de las selvas, todos vemos agobiada nuestra frente con el peso del trabajo, y sin él, nadie pasa la peregrinacion de la vida. ¡Pobre humanidad! Si se quiere introducir en su seno alguna mejora, sólo se consigue á fuerza de sacrificios; si se ha de adquirir algun conocimiento científico, cuesta muchas vigiliass y muchos siglos; de modo que una generacion proyecta un sistema, y pasan cinco sin-verlo aún realizado; si se intenta inocular en las masas alguna idea regeneradora, es ántes manchada la tierra con torrentes de sangre; si la humanidad ha de poder vivir, ha de sacar con sus manos el jugo á la tierra que le sirve de habitacion. ¿Qué es esto, señores? ¿Qué misterio preside á los destinos del hombre



en la tierra? ¡Ah! El gran misterio de la prevaricacion de Adan; si la tierra conserva la esencia en que Dios la crió; si no ha perdido su fuerza productiva; si el hombre conserva sus dotes intelectuales naturales en el estado actual, ¿cómo le cuesta tanto el sustento cotidiano, la ilustracion, el progreso y el saber? ¿Cómo la tierra se resiste á la esteva manejada por el hombre? ¿Por qué lleva éste en su frente impreso el castigo temporal de comer el pan con el sudor de su rostro?

Mas ¿es este pan material nuestro único alimento? ¿Puede hallar el hombre cuanto necesita en sólo lo material y sensible? Jesucristo ha dicho que no; y refutando una sugestion maligna, dijo que el hombre no sostiene su vida tan sólo con pan, sino con la palabra que procede de la boca de Dios. ¡Ah! Este pan le era dado al hombre inocente, y no hubiera tenido trabajo en conservarlo: tambien se lo reparte Dios en su caida; pero Dios quiere que el hombre trabaje por conseguirlo; si llama á la puerta del gran padre de familias, se le abre; si busca, halla; si pide, recibirá. ¿Puede conseguirse esto sin trabajo? No. El sudor de la frente es el principio de toda adquisicion humana. Dios crió la tierra para que el hombre sacase de su seno el jugo y las riquezas; si él no trabaja, morirá consumido por el hambre; Dios le ha dado tambien la sangre de su Hijo, de un valor infinito; le ha proporcionado en ella el Pan celestial que lo ha de nutrir y llevar al cielo; le ha dado la gracia por los méritos de su Hijo; si no se aprovecha de este alimento; si no pone por su parte el trabajo y la fatiga, no puede participar de la vida eterna: *In sudore vultus tui vesceris pane*. ¿Será culpa de Dios que el hombre no quiera aprovecharse ni de su razon, ni de la revelacion, ni de la sangre del Verbo, ni de los avisos diarios, ni de las calamidades, ni de tantos medios como Dios le proporciona para salvarse?

¡Ah! Yo oigo la voz de Pablo, que predica la volun-

tad universalísima de Dios, que no excluye á nadie del cielo. Manda que se ruegue á Dios por los Emperadores, por sus enviados, por los dignatarios, y hace este encargo á los fieles de Roma, á quienes mandaba nada ménos que un Neron, mónstruo de todos los crímenes, prefectos, cónsules y jueces bárbaros, inhumanos, sacrílegos é idólatras, añadiendo que Dios se complace en que se le pida por estos hombres réprobos, porque quiere que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad: *Vult omnes homines, etc.*

Si tuviese yo la santidad de un Abraham, me atreveria á hablar á Dios en este momento, para suplicarle que diese una sancion solemne á las palabras de su Apóstol; y estoy seguro que la respuesta sería una afirmacion.

«Sí, diria el Padre; quiero que todos se salven, y para eso mandé á mi Unigénito que se vistiese de forma humana, enseñase los caminos de la vida eterna, y muriese por los hijos de Adan.» «Yo quiero que todos se salven, contestaria el Hijo, que bastantes sacrificios he hecho para conseguirlo; sacrifiqué mi vida, sacrifiqué mi fama, sacrifiqué mis bienes, y espiré en una cruz.» «Yo quiero que todos se salven, responderia el Espíritu Santo, porque yo mismo formé el cuerpo del Verbo eterno en las entrañas de una Virgen, para que su vida fuese dada en redencion de todos.» *Vult, etc.* Dios quiere que todos nos salvemos: testigo es aquella Mujer dichosa que tuvo á Dios en su seno virginal, lo dió á luz, lo conservó treinta años, lo acompañó al Calvario, y lo vió morir, oyéndole pedir gracia y remision para aquellos mismos que lo ultrajaban; testigos son los ángeles, que son enviados para custodiarnos; testigo el cielo, que predica las glorias del Dios que lo crió para el hombre; testigo el mar, que contiene sus rugidos en favor del hombre; testigo toda la naturaleza, que sumisa obedece á Dios por servir al hombre. *Vult omnes homines salvos fieri, etc.*



Sí, grandes del mundo nacidos y criados en la opulencia; negociantes ocupados en tareas gananciosas; plebeyos encallecidos en el trabajo; literatos empleados en la investigación de la ciencia; hombres todos que salísteis de las manos divinas: vuestro Criador quiere que todos os salveis, y teneis dentro de vosotros mismos un testimonio de esta verdad; os lo da vuestra conciencia con sus remordimientos cuando obráis mal; os lo da ese temor del porvenir, que como yerba amarga acibara siempre la dorada copa de vuestros placeres ilícitos; os lo da esa zozobra que os agita sin cesar, como el vendaval la caña débil; os lo da ese vacío que sentís en medio de vuestras diversiones mundanas, y os lo da, por fin, esa presunción de que haceis uso para no ser tenidos en la sociedad por hombres malos, aunque lo seais en realidad.

¡Ah! ¡Quiera el cielo que, mejor aconsejados para lo sucesivo, empleeis el tiempo de vuestra vida en buenas obras, para que con ellas hagais que vuestra eleccion y predestinacion sea más cierta y firme! Temed al Dios justo, que no puede ménos de castigar al inicuo; amad al Dios piadoso, que os crió para que fuéseis objeto de su amor en la tierra y en el cielo, en el tiempo y en la eternidad.

## SERMON MORAL

SOBRE

### EL CORTO NÚMERO DE ESCOGIDOS.

( TERCERO DE SEXAGÉSIMA . )

*Mulli sunt vocati, pauci vero electi.*

Muchos son los llamados, pocos los escogidos.

(MATH. XXI, 16.)

No debo yo ser hombre de terror: ministro del Evangelio, es mi deber anunciar la paz. Vengo á proferir las mismas palabras que han salido de los lábios de Jesucristo, y no me es lícito revestirme de otro carácter que el que tenía el que anunciaba su doctrina con mansedumbre y humildad de corazón. Es voluntad de Dios que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; no puede Dios, por ser infinitamente sábio y justo, castigar á la criatura racional si ésta no tiene crímenes: llama á todos los hombres á su gracia y amor, y sin embargo de llamar á todos, sólo unos cuantos tienen la dicha de ser escogidos para gozarle eternamente. Sí; unos cuantos; como los granos del olivo que se han escapado al ojo ávido del labrador que los allega, como las espigas dejadas casualmente en los rastrojos en una abundante siega, como los imperceptibles racimos que el vendimia-